

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



18 de mayo de 1889



Núm. 81



UN GRANUJA

UN RATO DE CHARLA

EL otro jueves, en el Parque de Barcelona, ejecutóse por una música un fandango ó no sé qué intitulado *Lola la billetera*. Susúrrase que en breve se estrenará una polka que se denominará *La Dolores Barba*, y aun hay quien asegura que un compositor está á punto de dar á luz una romanza sin palabras con el rótulo de *Juana Aizpuru la portera*.



La corza

Ábrense nuevos horizontes para el arte, y quién sabe si dentro de poco no podremos deleitarnos con la americana *El sótano H.*, el vals *Higinia* y la jota *Pepito*; ó bien con *El Sensato*, paso doble; *El Insensato*, galop; *La Galera*, lanceros; *La Cárcel Modelo*, rigodones; *Asesinato, robo é incendio, quadrille*; *El Corbatín*, tango.

Y dirán en la Exposición: *Articles de l'Espagne, messieurs! Morceaux choisis de musique espagnole, mesdemoiselles!*

¡Qué hermoso espectáculo estamos dando! ¡Aprendan esos estúpidos franceses, que no supieron aprovechar la ocasión del proceso de la calle de Montaigne

para popularizar musicalmente á Mme. Sabatier!

Así se conquistan las naciones un lugar en el concierto europeo: lo demás es música celestial. Vale más un ratito de música sobre *eso* ó una buena corrida de toros *de primera* que todas las Exposiciones Universales del mundo.

Sí, señor: España, teniendo lo que le basta, se desdeña de ocuparse en otra cosa que en el crimen de la calle de Fuencarral y en las corridas de la temporada. Así no inspiramos á nadie la funesta pasión de la envidia.

Ni siquiera á la Bulgaria ni á Haití.

Otra cuestión que dicen preocupa no sé á quién es la del sufragio universal, medida salvadora, redentora, seductora, pistonuda.

Sólo que me temo no suceda lo que á aquel que

se compró una dentadura
y no tuvo en su amargura
qué comer.

Quiero decir que, cuando llegue la ocasión *de ejercitar el sagrado derecho*, etc., etc., etc., etc., no vayamos á encontrarnos con que no haya electores por haber emigrado á Buenos Aires.

Aparte de esto, conste que desde ahora renuncio generosamente al voto que pudiese corresponderme.



La corza

*
*
*

Se ha celebrado, como ya sabréis, el Centenario de la proclamación de los Derechos del hombre, en Versalles; y un pobre cesante, famélico y agriado por las injusticias de que ha venido siendo víctima, disparó un tiro, con pólvora sola, según parece, no puede decirse *contra*, sino á Mr. Carnot, dignísimo caballero que preside con autoridad y honradez la vecina república.

Yo, á la verdad, no puedo menos de extrañarme al pensar en el poco efecto que han surtido los tales *Derechos*.

Porque eso de ver, como he visto hoy, una larguísima hilera de hom-

bres-sandwichs, de hombres aprisionados entre dos tablas de madera, con anuncios, y sosteniendo sobre los hombros otro armatoste de igual especie, me parece lo más incompatible del mundo con los derechos susodichos.

Lo que veo más claro en los resultados de la Revolución Francesa es el entronizamiento de la clase rica, el triunfo del dinero sobre todos los demás privilegios, la victoria de la plutocracia. Y, á la verdad, hay muchos, yo verbigracia, que tolerarian hasta cierto punto el orgullo de una aristocracia de la sangre como la de Inglaterra, pero que no pueden avenirse al respeto y veneración de los banqueros y bolsistas.

Yo creo que sin la Revolución Francesa hubiéramos adelantado, á corta diferencia en más ó en menos, lo mismo que hemos adelantado ahora. Ello es que al cabo de cien años estamos viendo sin resolver todavía el problema de la manera mejor de gobernar un pueblo; porque no me digan á mí que eso del sistema parlamentario sirve para maldita de Dios la cosa, como no sea para costar más caro.

Es indudable que las Cortes antiguas, aun en tiempo de Carlos V y sus sucesores austro-borgoñones, lo hacían mucho mejor que las de la plazuela del Congreso y del Senado.

Pero dejemos eso.

*
*
*

Terminaron las sesiones del Congreso Católico con menos compostura de lo que hubiera sido de desear. El Congreso (que ya en el nombre llevaba la indicación de su defecto) no me parece haya de dejar grandes recuerdos. No me gustó nunca que se celebrara, pues entiendo que á los católicos sólo nos toca oír, ver y callar, dando en todo la mayor muestra de modestia y sumisión á lo que dispone la Iglesia.

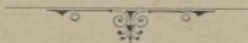
Todo lo que ha hecho y podido hacer el tal Congreso lo cambiara yo por que se hubiese dado á conocer un nuevo Fr. Luis de Granada ó un nuevo Suárez; pero nada de eso se ha visto. En cambio, en la capital de Italia, ha ocasionado poco menos que una revolución un simple fraile predicador, el P. Agostino, llamado, por sus audaces cuanto saludabilísimas doctrinas, *el nuevo Savonarola*.

Parece que no se ha conocido nunca un orador que se haya atrevido á predicar como él lo hace, ardiendo en el sagrado fuego de la caridad y el amor al prójimo.

De donde se deduce que vale más uno que tenga algo que decir que no muchos que sólo aspiren á decir algo.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





EL PERRO DE LA PORTERA

RUMIAUMIAU!... ¡Miau!... ¿Te vienes hacia arriba? Te convido á jugar un marro en el tejado!... ¡Anda, no seas miedoso! ¡Ya verás lo que nos divertimos!... Mira, mis compañeros no son de esos gatos insociables que le hacen *fu* á cuanto huele á can... Además yo sé que tú les eres muy simpático. Conque no vaciles y vámonos á correrla por ahí, que ya es hora de que salgas de ese tabuco donde te pasas la vida arrinconado como un faldero... ¡Miau con el animal!

Y maullando semejantes razones, con el rabo erguido y los ojos chispeantes, se restregaba el lomo, el gato de la guardilla, contra la férrea columna de la escalera de la que arrancaba la primorosa baranda. El primer impulso del perro de la portera fué negarse á lo que su amigote pretendía. ¡Subir él al tejado! ¿Para qué? ¿Para estrellarse! ¡Nunca había puesto pata en tan peligrosos sitios! Pero aquello del marro le sonaba con tan dulce música en las orejas que, después de vacilar un momento, decidióse á echar una cana al aire y ladró:

—¡Guan, guan! ¡Si tú me presentas no tengo inconveniente en seguirte!

—Pues ¡no te he de presentar!—replicó el gato lavándose la cara.—¡Con muchísimo gusto!

—¡Entonces vamos á donde quieras! Pero hemos de volver antes de anochecho, porque el ama gasta un genio atroz, y, como se entere de esta calaverada, es capaz de dividirme con el palo de la escoba.

Y el perro de la portera tembló al ladrar sus temores, y puso una cara tan triste que el gato moduló su maullido más tierno y le replicó para animarle:

—¡Bah! Tu dueña no te echará de menos: cuando encienda los faroles estarás ya de retorno. ¡Rumiau!

—¡Guan, guan! Pues no nos detengamos entonces.

Y los dos animales echaron escalera arriba, pateando con ansia y contándole el gato al perro, por el camino, lo que se divertían durante las siestas en el tejado, los regates que se hacían por entre las chimeneas y las merendolas con que se regalaban cuando algún vecino de las guardillas olvidábase de cerrar las ventanas por las que ellos se introducían á espaciarse en sus merodeos.

Charla que charla, llegaron los dos amigotes al último descanso de la escalera, de un manotón entreabrió el gato la entornada puerta por donde se entraba á los sotabancos, penetraron en el pasillo, y maullándole al perro, que le seguía sin ladrar palabra:—¡Haz lo que yo haga!—plantóse el felino animal, de un salto, en la ancha ventana del corredor, por entre cuyos barrotes se descubría un pedazo de cielo azul: inclinándose hacia afuera enseñó un instante las nalgas y se arrojó al otro lado.—¡Muy bien!—pensó el perro de la portera.—Pero yo no sé dar esos brincos, y, ó me voy del empuje á la calle, ó

me rompo la cabeza contra los hierros. Entonces casi se arrepintió de haber sido débil, y tentado estuvo de escapar escalones abajo. Pero picóle la negra honrilla: ¡Qué dirían los gatos si retrocedía en sus propósitos! ¡¡Que valían más que los perros!! No podía volverse atrás, y, deponiendo sus zozobras, sacó fuerzas de flaqueza, se lanzó á la ventana, detúvose un momento en el marco procurando afianzarse, y se arrojó al tejado.

Al punto no acertó el perro de la portera á moverse y le acometió el vértigo de las alturas; pero familiarizóse luego con el paraje, miró en torno, y



Mala crianza

soltó un ladrido de admiración ante lo nuevo del cuadro. ¡Qué grande era la veleta de la torre, aquella veleta desde abajo tan diminuta! Pues ¡y las chimeneas! Vistas desde la calle no medirían una vara y ahora se ofrecían lo mismo que troncos! ¡Hasta los hilos del telégrafo se habían trocado en cuerdas de recio alambre! En cambio, los faroles del alumbrado público, ¡qué chiquitos se distinguían, qué chiquitos! ¡Como los carruajes, que parecían cáscaras de nuez tiradas por moscas! ¡Qué hermoso era todo aquello! Su compinche de ascensión sacóle al can de su éxtasis y le maulló con extrañeza:—¡Te has quedado como tonto! ¡Anda, ven, que voy á presentarte á mis camaradas!

¡Madre de Dios, lo que se divertieron aquella tarde, y qué buenas gentes eran los tales gatos! Todos, lo mismo el pardo del segundo, enemigo mortal de la raza canina, que el

pelinegro del tercero, intransigente con cuanto olera á perruno; desde el gris negro de las guardillas, feroz é indomable, hasta el atigrado del principal, temerario y valeroso; recibieron con gran amabilidad al perro de la portera. ¡Como si no tuvieran uñas! ¡Así corrieron sin dejarlo! Cuando el can se volvió á su tabuco sudaba á chorros y bajó con la lengua fuera, jadeante y molido, pero alegre como unas pascuas, y eso que el honor no había quedado muy alto en la contienda, pues temiendo resbalarse y rodar á la calle, no se atrevió el can á trotar como sus compinches, y á él le tocó quedarse siempre en el *te veo*, y en el *ha dado*, y en el marro, y en cuantos juegos emprendieron durante la tarde. En fin, se había divertido bien, bien; y su suerte fué tanta que de remate llegó á la portería antes que notara la escapatoria el sargentazo de su dueña.

Desde aquel día varió radicalmente en su modo de ser el perro de la portera. De pacífico y recogido trocóse en andariego y ladrador, echó mal genio y sólo pensaba en escaparse al tejado con la familia gatuna. Al principio

aprovechaba cuantas ocasiones de fuga le ofrecía la casualidad para largarse; luego se iba á cuenta y riesgo de la vuelta y sin importarle el mango de la escoba; y concluyó por ausentarse cuando en las mientes se le ponía, sin cuidarse para nada de su ama, sin preocuparle sus furoros, llegando hasta á enseñarle los dientes siempre que le amenazaba. Conducta tal le fué familiarizando con el peligro, perdió el miedo á las tejas, atrevióse á asomarse ya á los aleros sin temor de precipitarse, y poco á poco llegó á correr por los declives como por las piedras de la calle, adquiriendo tanta agilidad y ligereza en meterse por los agujeros y ventanas de las guardillas, que los gatos estaban admirados de semejantes adelantos, nunca esperados en un perro.



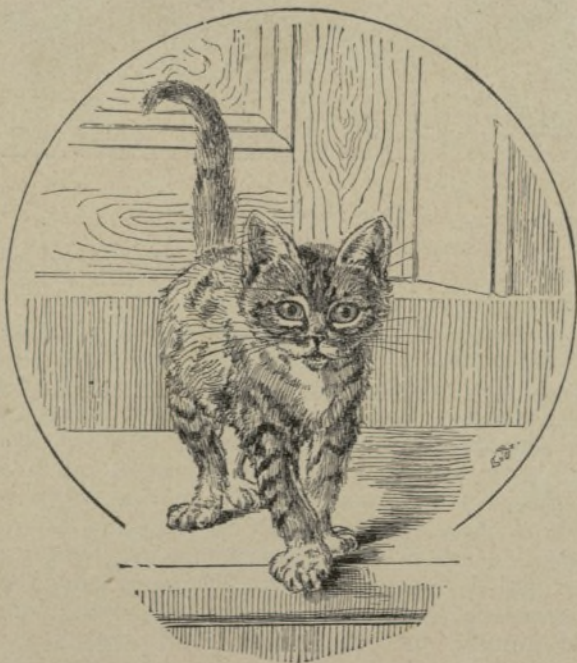
Dos perros amigos

Pronto le salieron sus fechorías á la cara. Una tarde, brincando con sus amigotes por el tejado, dióle al can en la nariz un fuerte olor á grasa que salía por el abierto ventanuco de cierta guardilla próxima. El perro de la portera detuvo sus regates, acercóse y miró. Posada en el mar de aceite de una enorme cazuela, enfriábase media pierna de carnero, dorada y jugosa, que estaba diciendo:—¡Comedme!—La cocina estaba, á la sazón, desierta, y una mesita colocada bajo la ventana hacía fácil la bajada al cuarto. El can no vaciló, relamiéndose de gusto por propia cuenta; y, pensando en proporcionar una sorpresa á sus compinches, empinóse, saltó á la mesita y de allí al fogón, cogió con los dientes la carne, y volvió grupas más rápido que una bala. Pero... ¡oh mala suerte!... en el mismo momento en que el ladrón escapaba quiso su desgracia que entrase en la cocina una mujer, acaso la dueña del guardillucho, y, viendo al animal, lanzó un alarido, corrió tras él, y, agarrando de los vasares una olla de barro, se la disparó con ímpetu al can, ayudándole mal de su gusto á escalar la ventana y haciéndole rodar, hecho una pelota, por el tejado.

El dolor del porrazo obligó á abrir la boca al perro de la portera; soltó las magras; no creyéndose perseguido, se ladeó para lamerse el lomo, por el que le manaba abundante sangre de la herida que le abrió el pucherazo; y detrás de él, blandiendo un palo, furiosa, vió á su verdugo dispuesto á secundar el golpe, y aterrorizado, despavorido, perdiendo la serenidad, sin darse cuenta de lo que hacía ni de donde estaba, apretó á correr tejado abajo, llegó ciego al rafe de zinc, el abismo se le ofreció de repente ante los ojos, quiso detenerse, retroceder, echarse atrás, y, sin poder refrenarse, impulsado por la misma violencia de su fuga, se precipitó en el espacio, yendo á parar á la calle. Pero antes de caer acertó á distinguir la turba de los gatos, que, sin cuidarse de la desgracia de su compinche, corrían en apretado pelotón, tejas arriba, tras de uno de ellos que, más listo que los otros, había atrapado la media pierna de carnero mientras su dueña perseguía con furibunda saña al can desdichado.

Por un milagro, sólo se rompió una pata el perro de la portera; pero no sintió tanto el quedarse cojo como el desengaño experimentado en sus amistades gatunas. Entonces, ya tarde, comprendió el pobre can hasta donde conducen y arrastran las malas compañías.

ALFONSO PÉREZ NIEVA



MESA REVUELTA

El diámetro del sol se calcula que es de 770,800 millas geográficas ó 112 veces mayor que la tierra. Su volumen es de 1.407,124 veces mayor que nuestro globo y 600 veces más grande que todos los planetas juntos. Su masa es 359,551 veces más grande que la tierra, y 738 veces mayor que todos



La oración de Amalia

los planetas. Una simple mancha vista sobre su superficie se ha calculado que ocupa una extensión de 77,000 millas de diámetro, y un grupo de manchas un espacio de 3.780,000 millas.

* * *

La vid, tan generalizada en Europa, no es probablemente indígena de ninguna parte de ella. Su difusión se debe principalmente á los romanos, quienes la recibieron de los griegos á los cuales llegó, según todas las probabilidades, del país situado entre el mar Negro y el Caspio. Los romanos introdujeron en Europa la mayor parte de sus ricos árboles frutales, algunos procedentes de Africa, como el granado; pero muchos del Asia occidental,

como el naranjo, la higuera, el cerezo, el melocotonero, el albaricoquero, el manzano y el peral. Una variedad de ciruelo, llamado *damasquino*, fué traído de las inmediaciones de Damasco en tiempo de las Cruzadas. El nombre de *rosa damasquina* indica asimismo que esta planta fué importada de aquellos países.

El océano, lo mismo que la tierra, tiene diferentes regiones botánicas, y se ha observado que la profundidad produce variaciones en la vegetación



La
rana arborícola

análogas á las alteraciones de la tierra. La vegetación marina parece tener su extensión vertical determinada por la cantidad de luz que penetra en el fondo del mar, que varía según la fuerza del sol y la transparencia de las aguas.

Según se desprende de la ley de contrastes de los colores, un rayo de luz blanca que pasa á través de un agujero hecho en una cortina roja y cae sobre una pared blanca, produce una mancha verde, mientras que si pasa á través de un agujero de una cortina verde da una mancha roja; de lo cual se deduce que alrededor de cada color los ojos ven un nimbo ó halo del color contrastante: rojo alrededor de un halo verde, azul alrededor del anaranjado, etc. El verde, colocado junto al escarlata, resulta más intenso, porque recibe el halo ó espectro del escarlata, resultando así dos verdes. En cambio, si se coloca

verde junto al amarillo, disminuye por quedar rebajado por el matiz violeta, que es el espectro del amarillo.

Píntese un cuadro mitad amarillo real y mitad escarlata, y déjese en medio una mancha blanca, y ésta aparecerá violeta á un lado y verde al otro. Una mezcla de violeta y verde produce un azul pálido, siendo el azul el color contrastante del anaranjado ó mezcla del rojo y amarillo, etc.

* *

El obispo Uatron habla, en sus *Ensayos químicos*, de la boda del príncipe Gallitzi, celebrada en Rusia en 1739. Los rusos construyeron, para solemnizar este acontecimiento, un palacio en el cual el hielo hizo las veces de piedra. El edificio se componía de dos habitaciones magníficas, y hasta algunos de los muebles eran de hielo. Construyeron también cañones de dicha sustancia con los cuales se hicieron disparos.

* *

Un sujeto fabricó una vez un caballo de madera, el cual dijo cruzaría una sala sin ninguna especie de máquina. Nadie creía creer en ello, y para probar si era verdad púsose el caballo en una habitación, arrimado á la pared. Cerróse el cuarto con llave para que nadie pudiese intervenir en el experimento. Al cabo de algún tiempo abrióse la sala, y echóse de ver que el caballo había cruzado la habitación, pues estaba al otro lado del aposento. El caballo era de una madera particular, sujeto á una gran expansión en tiempo de humedad y cortada de manera que produjese el mayor movimiento de prolongación posible. Las herraduras de los pies delanteros estaban dispuestas de modo que podían retroceder, á fin de que al contraerse la madera tuviese que hacerlo precisamente hacia delante. Después de esta explicación es fácil comprender cómo cruzaría el gabinete el caballo de madera.

* *

Siendo la circunferencia de la tierra de 25,000 millas, se calcula que su peso es de 1, 256,195, 670,000, 000,000, 000,000 de toneladas.

BENJAMÍN





EN MI ALDEA

Largos prados de verdura
que son la luz del estío;
plateado y copioso río
para aumentar su hermosura.

Altas rocas y escarpadas
montañas en donde crecen
árboles que reverdecen
con las rubias alboradas.

Arroyos que van saltando
por entre el verde follaje,
que hermosean el paisaje
cuando pasan murmurando.

Cerca y lejos y en redor
el ronco son del cencerro;
el ladrido de algún perro
á quien sigue un cazador.

Músicas cerca del cielo
que entonan los pajarillos;
alegre canción de grillos
que brota del verde suelo...

Y en una mansa corriente
una barca que, indecisa,
huye á impulsos de la brisa
que la mece débilmente.

Y el sol, que apaga su ardor
y espira en templada calma...
¡bendice la paz del alma
del honrado labrador!...

R. SÁNCHEZ DÍAZ



— NUESTROS GRABADOS —

UN GRANUJA

Buen negocio hizo la pobre madre de esa infeliz víctima en confiar el biberón á ese infiel aprendiz. El infeliz *bebé* llora que se desgañita en demanda del dulce líquido con que se nutre, pero el pedazo de bruto del *niñero* se zampa lo que estaba destinado al tierno infante. Acción más que reprehensible, criminal, pues no deja de constituir un verdadero robo con circunstancias agravantes.

LA CORZA

Luisa vivía en el campo y no tenía hermanos ni otras niñas para jugar; pero nunca estaba sola, pues su padre le había regalado una corza pequeña, con la que iba siempre en sus paseos por el bosque ó el prado.

El animal se acostumbró de tal manera á la niña, que jugaba con ella como pudiera hacerlo un perro; pero parecía haber tomado ojeriza á un muchacho negro que habitaba en una granja de las inmediaciones, pues siempre que le encontraba perseguíale con ademán amenazador. El chico corría entonces á refugiarse junto á la niña, y ésta le preservaba de los ataques de la corza.

Desgraciadamente el animal tomó la costumbre de penetrar en los jardines de las granjas y comerse los mejores vegetales, lo cual dió lugar á que los dueños se quejaran.

Cierto día el padre pensó que para evitar cuestiones sería mejor vender la corza, y un caballero amigo suyo se ofreció á comprarla; pero Luisa lloró y se desesperó tanto, que su papá consintió al fin en dejársela, pero con la condición de que no la tuviese nunca suelta.

Desde aquel día Luisa y la corza se quisieron más que nunca.

MALA CRIANZA

Federico es un niño muy mal enseñado, y nunca lo demuestra tanto como cuando se sienta á la mesa á comer, sin que los frecuentes castigos que recibe basten para corregirle. Nada de lo que le dan es de su agrado: el pan le parece siempre duro; la sopa está demasiado caliente, y todo tiene algún defecto. En sus arrebatos de cólera hace caer las copas y los vasos y mancha los manteles.

Cierto día su padre le imitó para demostrarle qué mal efecto producía su conducta, y desde entonces Federico ha procurado enmendarse y conducirse en la mesa como un niño bien educado.

DOS PERROS AMIGOS

Turco y *Sultán* son dos perros que se quieren mucho, y ciertamente serían modelo de verdadera amistad para quien los observase. Retozan casi todo el día en el campo, sin refuir nunca; y cuando uno de ellos recibe su pitanza, va en busca de su compañero para que coma también. Si no le encuentra y tiene algunos huesos que roer, entierra uno de ellos, y apenas llega su amigo, escarba la tierra para dárselo. ¡Cuántos niños hay que no harían otro tanto!

LA ORACIÓN DE AMALIA

La tierna Amalia, arrodillada á mis pies á la hora del crepúsculo, reza su cotidiana oración. Con sus manitas en las mías, inclinando la cabeza, cuyo cabello es rubio como el oro, y con los ojos cerrados, repite las palabras que yo pronuncio. Después la niña se recuesta sobre mi regazo, y cuando me parece que el sueño acude á sus ojos, levántola y la conduzco á su lecho, ya preparado, donde muy pronto queda profundamente dormida, disfrutando de ese sueño tranquilo propio de la infancia.

LA RANA ARBORÍCOLA

—¿Habéis visto alguna vez una rana arborícola? Es más pequeña que la especie que habita en los estanques y lagunas. Tiene en las extremidades unos dedos muy raros, dispues-

tos de tal modo que el animal puede trepar por el tronco de un árbol ó por un palo, aunque sean muy lisos. Esta rana es sumamente limpia, y se domestica de tal modo que muy pronto se acostumbra á coger moscas en la mano. Cuando está en la rama del árbol, parece un poco de musgo, y es preciso tener muy buena vista para reconocerla.

Así hablaba el tío Tomás á sus sobrinitos, y después de esto refirióles la lastimosa historia de una niña que tuvo la desgracia de caer desde una considerable elevación. Cuando llegaba á lo más triste del cuento, todos los niños soltaron la carcajada; y ya iba el tío Tomás á reprenderles por sus malos sentimientos, cuando de pronto vió cuál era la causa de la hilaridad: una rana arborícola que llevaba en el bolsillo había trepado hasta su hombro, y, fijándose allí, contemplaba á los niños con sus grandes ojos brillantes.

EL NIÑO EXTRAVIADO

El niño Guillermo fué un día á pasear al bosque, y alejóse de la cabaña de su madre más de lo acostumbrado. Entretenido en buscar nidos de pájaro, recorrió tanto camino que al fin no supo ya donde se hallaba, y lo peor era que el día comenzaba á declinar. Por un momento faltó poco para que Guillermo llorase; pero, reponiéndose pronto, pensó que era un hombre, aunque muchacho, y que no debía gritar.

El chico retrocedió hasta cierta distancia, y encaminóse después por la primera senda que encontró. A los pocos instantes vió cruzar por delante de él una liebre, y, como la siguiese con la mirada, divisó á lo lejos una luz que brillaba entre la espesura.

—Allí está seguramente nuestra cabaña,—pensó, y precipitóse á la carrera en dirección á la luz; mas, al llegar al sitio, vió que aquello era una especie de campamento de gitanos. No ignoraba Guillermo que debía desconfiar de semejante gente; pero dirigióse á una mujer que estaba vuelta de espaldas, y preguntóla por la salida del bosque. Un momento después sintióse abrazar por detrás, y con gran contento vió á su madre, que le buscaba hacía largo rato.



LOS GUANTES DE LIMERICK

(Continuación)

El irlandés había largado esta historia con un tono y unos gestos imposibles de describir y que hubieran excitado la hilaridad de un hombre menos grave que nuestro solemne presidente. El Sr. Marshal envió á buscar al prestamista y le preguntó cómo se había procurado el collar del perro. El judío,

viendo que no tenía otro medio de evitar la cárcel, que tenía merecida por haber ocultado objetos robados, que confesar la verdad, reveló que había comprado el collar á Bampfylde, el rey de los gitanos.

Dictóse al punto auto de prisión contra su majestad, orden que le dejó muy azorado al Sr. Hill, temeroso de que no se supiese en Hereford que había estado á punto de formular una acusación tan grave contra un hombre inocente, y eso por el simple testimonio de un ladrón de perros y un gitano.

No mostró Bampfylde una actitud sublime al encontrarse en presencia del Sr. Marshal. Toda su ciencia astrológica le fué inútil en aquella ocasión. El testimonio del prestamista era tan preciso por lo concerniente á la venta del



El niño extraviado

collar del perro, que no le quedó otro recurso á Bampfylde que implorar la generosidad del Sr. Hill.

El rey de los gitanos se echó á sus pies y confesó que él era quien había robado el perro, porque el animal le impedía, por la noche, con sus furiosos ladridos, cometer aquellas raterías que, juntamente con los beneficios que sacaba de su oficio de decidor de la buenaventura, le daban de qué vivir.

—Así, pues,—dijo el Sr. Marshal con un tono severo que no le era habitual,—para poneros al abrigo de toda sospecha acusabais á un inocente! ¡Queríais con vuestros artificios infames obligarle á abandonar á Hereford! ¡Habéis sembrado la discordia entre dos honradas familias! ¡Y todo eso para ocultar el robo de un perro!

El rey de los gitanos fué sin más ceremonias llevado á la cárcel, no debiendo ahora olvidarnos de decir que al practicarse un reconocimiento en su cabaña se encontró la bolsa de cuero del segador irlandés, que le había sido escamoteada por alguno de los cortesanos de su majestad. Toda la caterva gitanesca puso pies en polvorosa al momento de saberse el arresto del monarca.

El Sr. Hill, apoyado en su bastón, guardaba profundo silencio, mientras se extendía el auto del encarcelamiento de Bampfylde. El temor al ridículo combatía la testarudez de su carácter. Temía que la historia de su visita al brujo no trascendiese fuera, y al mismo tiempo no quería dar su brazo á torcer en punto á sus prevenciones contra el guantero irlandés.

—Pero ¡señor alcalde!—exclamó después de un largo silencio;—¿y el boquete que existe en los cimientos de la catedral? Todavía no ha podido descubrirse á qué viene. Eso es, ha sido y será siempre, para mí, un hondo



El niño extraviado

misterio. Jamás podré tenerle á ese irlandés en buen concepto si no llego á ver claro en eso; ni creeré tampoco que la catedral esté segura.

—Vamos,—replicó el Sr. Marshal sonriendo finamente;—veo que las aleyas del oráculo no se os quitan de la cabeza. Son unos versos magníficos en su género, ricamente rimados, y es preciso que yo me los aprenda de coro para recitarlos en cuanto me pregunten por el hipo que le tiene el Sr. Hill al guantero irlandés.

Legítimo es tu temor,
¡oh presidente prudente
que vigilas diligente
la catedral de Hereford!

(Se concluirá)

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.